

UN EXAMEN

Pensaba en todas esas hojas amarillas y marrones que revoloteaban por el patio. Y por la acera. Y por la calzada. Y se preguntaba hacia dónde irían. Y si hubiese estado un poco más atento habría visto que no iban a ninguna parte, que caían un poco más allá, y se volvían a levantar, y entonces caían un poco más acá, y se volvían a levantar, y regresaban al punto de partida. O muy cerca. Y se habría dado cuenta de que todas esas hojas se quedarían revoloteando por allí, por el patio, y por la acera, y por la calzada, hasta que una cuadrilla de trabajadores uniformados de verde las retirase para dejar sitio a las hojas que caerían después. Lo que pasa es no estaba atento. Porque, en realidad, le importaba bien poco hacia dónde iban las hojas. Su cabeza sólo se había parado en ellas por casualidad. Lo que de verdad le importaba era hacia dónde iba él.

Pensaba en el espléndido día que miraba desde la ventana. En el sol, en el frío, en la calle casi desierta y en la suave brisa que la mecía. Lo sintió como si fuera suyo, como si lo hubiese comprado para su exclusivo disfrute. Casi se enorgulleció de una adquisición tan acertada. Y pensaba en la banda sonora, en la música que podría irle bien a un momento como aquél. Y recordó varias canciones que podrían servir, pero todas eran melancólicas, tristes.

Pensaba en volver a casa a mediodía. En besar a su mujer en la comisura de los labios. En acariciarle la mejilla. En saborear su extraño cocido experimental. En recostarse a su lado en el sofá. En decirle lo bien que se encontraba con ella, en su casa. Pero no tenía casa a la que volver. En el reparto, Mónica había salido ganando. Así que tomaría el menú del día en el bar de siempre, brindaría a la salud de su abogado, y luego daría una vuelta por ahí, esperando que llegase la hora de dormir. O esperando que llegase el

fin de semana.

Pensaba en Tortosa, que vagabundeaba por el patio. Por el patio. O sea, que no estaba en clase, haciendo el examen. Ni se dio la vuelta para comprobarlo. Y qué, pensaba. Y qué, si Tortosa no estaba haciendo el examen. Qué importaba. Y si Tortosa hubiese sido un alumno aplicado y hubiera sacado un nueve en el examen, como el que va a sacar Izquierdo, qué. Qué importaba. Total, para conseguir una beca, terminar una brillante carrera de exactas y acabar de interino dando clase de lo que sea en un instituto de pueblo. Sí, de pueblo. Grande, pero pueblo, digan lo que digan. Para pasar una semana detrás de otra esperando que llegue el viernes. Para salir corriendo en cuanto se presenta la más mínima ocasión. Qué coño, hace bien en quedarse en el patio, al sol, fallando una canasta detrás de otra y quemando un cigarro furtivo.

Pero pensaba también en las pecas revoloteando por la espalda desnuda de la sustituta de francés, como las hojas secas por el patio. Y sonrió.

Pensaba en Tortosa. Otra vez en Tortosa. En que le iba a aprobar. Es más, en que le iba a poner notable. O sobresaliente. Sin hacer el examen, a ver qué pasa. Y que se joda Izquierdo.

Pensaba en una compleja combinación de asuntos propios, permisos, enfermedades, festivos y puentes que no terminaba de cuadrarle. Y tenía que cuadrarle. Como fuese. Tenía que encajarlos de cualquier forma para poder huir de ese agujero aunque sólo fuera una semana. Sólo una semana, por favor.

Pensaba en el examen. No era fácil. ¿Cuántos iban a aprobar? Izquierdo, Tortosa por la cara, por supuesto, y muy pocos más. Casi se arrepintió. Pensó entonces en aprobarlos a todos, y de paso, en ahorrarse los numeritos de los padres indignados. Pensaba también en lo que pasaría si le dejasen examinar a algunos de esos padres indignados. A los padres indignados de esos niños maleducados y so-

breprotegidos que se atrancaban con operaciones elementales y no sabían cómo despejar una ecuación de primer grado. Y encima se quejaban. Los niños se quejaban, sus padres se quejaban. Y a veces iban más allá de la queja. Mucho más allá. Pensaba que no había derecho, que alguien debería hacer algo. Pensaba en la Consejería, en el Ministerio, en el Gobierno, en la sociedad. Y durante unos minutos, pocos, no pensó en sí mismo.

Y después ya sólo pensaba en pedirse una baja indefinida. Por depresión. O por cojones. Hasta que un trabajador uniformado de verde lo retirase para hacer sitio al siguiente.

Pensaba en todas las cosas que se pueden pensar en un aula, durante un examen, mirando por una ventana. O en casi todas.

Leandro Llamas Pérez